

Globalización y políticas agrarias

Rogelio Galván Plaza

Ingeniero Técnico de Obras Públicas.
Miembro del I. E. Mounier y de Oxfam.

Y nosotros que nos tenemos por los más justos, no permitimos que los pueblos transalpinos planten olivos y cepas, para así dar más valor a nuestros olivares y viñedos, lo que podemos decir que hacemos prudentemente, pero no con justicia.¹

M. T. Cicerón, *De Republica*.

Dos mil años han transcurrido desde la afirmación precedente y la realidad de las cosas no parece haber cambiado mucho. Tal vez ahora en el siglo XXI no decimos a los pueblos dominados lo que pueden cultivar o no, pero, en virtud de procedimientos más difusos pero igual de efectivos, logramos dotar de más valor a nuestras producciones en detrimento de las suyas.

La realidad de hoy sigue siendo la de la «prudencia», la del doble rasero, por un lado se predica el libre mercado y por el otro se mantiene un fuerte proteccionismo frente a las exportaciones de los países en desarrollo. Múltiples barreras, arancelarias y no arancelarias, penalizan a los países más pobres a la hora de comerciar con productos de los que tienen sólidas ventajas comparativas. Los países pobres se enfrentan a barreras comerciales que son cuatro veces superiores, como media, a las que se encuentran sus competidores de los países ricos.

Al final todas estas barreras logran lo que es de sobra sabido, que por cada dólar de ayuda al desarrollo destinado al Sur, los países empobrecidos pierden dos, debido a unas reglas co-

merciales injustas, ayudando a convertir en perpetua una situación que por momentos se recrudece: que la transferencia neta de capitales se produce de los pobres a los ricos para que éstos puedan sostener y acrecentar sus inmensos privilegios.

Uno de los ejemplos más claros de reglas comerciales trucadas a favor de los poderosos se produce en el caso de la agricultura, sector donde nuestros gobernantes, grandes adalides públicos del libre mercado, son, por el contrario, proteccionistas en extremo. La Política Agrícola Común y las políticas agrarias de otras naciones desarrolladas distorsionan los mercados mundiales con sus grandes subsidios agrarios y sus sistemas de apoyo a la agricultura.

A través de estos sistemas, los gobiernos compran los productos de sus propios agricultores a precios superiores a los del mercado mundial y después ponen dichos productos en los mercados mundiales a precios inferiores a los costes de producción, presionando a la baja los precios mundiales.

De esta forma, los agricultores de los países en desarrollo se encuentran con que deben competir con unos precios artificialmente bajos y ellos, por el contrario, sin disponer de ninguna medida de salvaguarda, protección o subsidio. Les toca competir no sólo con los agricultores del mundo industrializado, sino con el poder financiero de los países más ricos del mundo, viéndose abocados no ya a una pérdida de renta, sino en muchos casos a la miseria más absoluta. A ello se une que los países del Sur, en virtud de una imposición más o menos manifiesta, se han visto muchas veces obligados a liberalizar sus mercados y a abrir sus fronteras a los productos agrarios procedentes del Norte.

Al mismo tiempo, cuando los agricultores del Sur pretenden acceder a los mercados de los países desarrollados, encuentran numerosas barreras y

aranceles elevados, que además se multiplican cuando de lo que se trata es de colocar en nuestros mercados productos alimenticios ya elaborados, impidiendo de esta forma el desarrollo de una industria transformadora propia. Como por ejemplo indicara hace poco Kofi Annan, Secretario General de la ONU, las tarifas impuestas a productos manufacturados como el chocolate impiden competir a las industrias procesadoras de los países en desarrollo con sus homólogos del Norte.

Así, gracias a la «prudencia» de los dirigentes europeos, aunque eso sí, a la par de sus socios norteamericanos y de otros países desarrollados, la brecha entre la minoría opulenta y la mayoría empobrecida del mundo sigue agrandándose.

Por su parte, los programas de ayuda alimentaria están sujetos también a grandes abusos y, a veces, se convierten en una gran perversión de la solidaridad. La ayuda alimentaria se utiliza más, por parte de los países industrializados, para desarrollar nuevos mercados y colocar los excedentes que como una verdadera herramienta para hacer frente a situaciones de emergencia. Es de destacar que las donaciones de alimentos son mayores cuando los precios mundiales son bajos y menores cuando son altos, es decir, justo inversamente a la facilidad de los propios países receptores para abastecerse en el mercado mundial, con lo que se da la paradoja de que reciben menos alimentos cuando más los necesitan y más cuando menos.

Argentina y otros países podrían ser muy competitivos en materia agrícola a nivel mundial, y por ello han venido reclamando con insistencia un desmantelamiento de las subvenciones agrarias de Estados Unidos y la Unión Europea. Pues bien, cuando cualquiera de dichos países atraviesa una crisis, en el caso de Argentina la están padeciendo justo ahora, siempre se escuchan ofrecimientos generosos

1. Medida proteccionista tomada en el siglo II a. C. Cicerón pone esta afirmación en boca de Lucio Furio Filo, uno de los personajes del diálogo imaginario de su *De re publica* (Libro III), al que fuerza a defender la causa del interés o la necesidad de la injusticia. El resto de personajes le rebaten.

en forma de ayuda solidaria de los excedentes generados por esas subvenciones, en lo que parecería una cruel burla, si no fuera porque detrás del ofrecimiento se esconde la buena voluntad de mucha gente desconocedora de la profunda injusticia y el cinismo intrínseco de dichas medidas: primero se hunde a los agricultores del Sur bajando artificialmente los precios y luego, cuando ya están en la miseria, les ofrecemos nuestros excedentes. Lo peor es que lo primero se ignora y lo segundo se difunde y publica como un gran gesto de solidaridad.

Tal y como la organización Oxfam Internacional propone en su informe *Cambiar las reglas: comercio, globalización y lucha contra la pobreza*, la política agraria y alimentaria de los países desarrollados debe cambiar en varios sentidos:

- Debe impedirse que se pueda seguir poniendo en el mercado mundial productos a precios inferiores a los de su coste de producción, fruto de subsidios directos o indirectos.
- Debe reconocerse el derecho de los países en desarrollo a proteger sus sistemas agrarios de forma que quede garantizada la seguridad alimentaria de sus ciudadanos. Los países en desarrollo tienen el derecho de proteger su sector agrario nacional para promover la reducción de la pobreza.



- Deben reestructurarse las ayudas a la agricultura y orientarse hacia objetivos ambientales y de desarrollo rural que la sociedad está demandando, y dejar de fomentar la agricultura intensiva y la sobreproducción. Las ayudas deben ser moduladas para que los pagos se dirijan principalmente al pequeño agricultor sustentador del medio rural y no a las grandes explotaciones.

Está por ver si la propuesta de reforma formulada en julio de 2002 por la Comisión Europea logra un cambio real de dirección en la Política Agraria Común. Por su parte, la recientemente aprobada Farm Bill del gobierno de los Estados Unidos agrava el problema, vinculando más subvenciones a la producción, haciendo bueno, en esto como en otras cosas, el dicho de que los gobiernos estadounidenses del partido republicano son los más protectionistas de todos.

La globalización agraria tiene otras muchas facetas desagradables: la apropiación de la diversidad genética y la comercialización de transgénicos, incluso con su uso en las partidas de ayuda alimentaria, la actuación de las grandes corporaciones agroindustriales del Norte, la distribución de la tierra en el Sur, etc.

Así pues, deben cambiar muchas circunstancias para que la política agrícola actual en el ámbito internacional deje de ser uno de los muchos instrumentos de la globalización para generar exclusión. Una globalización que, como se puede ver, es en lo esencial escasamente diferente a la del mundo mediterráneo de hace dos mil años y a la del mundo de siempre. Y sin embargo, en algo se equivocaba Cicerón. La injusticia es lo menos prudente. Al final se vuelve de forma indiscriminada en contra de quien la practica.

Bibliografía

Marco Tulio Cicerón, *De re publica*, Biblioteca Clásica Gredos, 1991.

Cambiar las reglas: comercio, globalización y lucha contra la pobreza, Oxfam Internacional, 2002.